

CONVERSACION CON MARIA KODAMA

Universidad de Alcalá de Henares

María del Mar Gutiérrez

Universidad de Alcalá de Henares

«*En el centro de Europa están conspirando...*», quizás todo fuera un plan preconcebido por Borges, o quizás una profecía; de cualquier modo la «conspiración» está en marcha. «*Hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas*», estudiosos, ilustres profesores pero, ante todo, admiradores fervientes de Borges, se han reunido en «*una torre de razón y de firme fe*», esta vez en Alcalá, persiguiendo el proyecto de restituir toda la voz y la palabra de Borges. Me refiero a las sesiones de trabajo celebradas en la Universidad de Alcalá de Henares en enero de 1990 con motivo de la creación de la Fundación Jorge Luis Borges y del proyecto de edición de las *Obras Completas*. En ellas participaron ilustres profesores de todo el mundo especialistas en Borges. Entre los conjurados estaba María Kodama, la María sensible, frágil y atemporal que desde siempre y hasta el infinito será María de Borges. Es difícil hablar con María de María sin Borges; pero, enamorados de su fraternal carácter y de su modo de narrar —que descubrimos accidentalmente cuando, hace algún tiempo, ella nos leyó uno de sus cuentos— quisimos que nos contara cómo y para qué escribe, por qué no ha publicado, cómo vive el momento de la creación... Así surgió esta conversación con María que, más que para ser leída, sería para ser vista y oída, pero, no pudiendo ser así queremos presentarla sin cortes de entrevistador pues, en último término, las preguntas no importaron; lo fundamental y único fueron las respuestas.

— Me preguntáis por qué no he publicado y esto me recuerda muchas conversaciones con Borges. Algunos han creído que yo no publicaba porque Borges, visto por ellos como una especie de monstruo, no me lo permitía y he de decir que él me animaba constantemente para que lo hiciera. Lo que ocurre es que yo escribo porque la literatura, aquí y ahora, es para mí una increíble fuente de placer y siento terror al plantearme la posibilidad de cambiar mi actual relación con ella, esa mutación abriría una nueva forma de sentir la literatura y nuestra situación cambiaría irremediablemente; creo que sentiría un pánico parecido al que provoca enfrentarse con un examen. La verdad es que hasta ahora sólo he publicado en algún suplemento literario de Buenos Aires, pero prometo plantearme la superación de ese «miedo» y publicar. Yo suelo leer algunos de mis relatos a grupos de amigos que se han conjurado y proyectan no aceptar la lectura de mis cuentos, por tanto voy a dejar de tener público con lo cual será necesario publicar.

No soy capaz de objetivizar de dónde me llega la inspiración, es algo tan misterioso..., citaré el ejemplo de un cuento que ustedes escucharon el año pasado, aquí en Alcalá, el *cuento del dinosaurio*. Algunos años antes de escribirlo viajaba con Borges por Ginebra y de pronto en un diario vi un pequeño artículo donde se anunciaba que se habían descubierto huellas de dinosaurio congeladas; aquella pe-

queña noticia quedó latente en el olvido, pero, de pronto, un día comencé a rememorar aquello y así surgió el cuento, de un modo irracional e inexplicable. Otros cuentos surgen igualmente, de pronto, inspirados por un lugar, una vieja leyenda o un nombre especialmente sugerente. Recuerdo un cuento que escribí sobre un condotiero de la Compañía Blanca llamado John Hobkuck, que después sería personaje clave de la historia de Florencia; busqué un nombre relacionado con él y descubrí el de «Bosque de Halcones» —me fascinan los halcones— y así, a partir de esos pocos datos históricos, el año de la toma de Florencia y el nombre del personaje, *recreé* toda una historia. Pero, sin duda, algo que me inspira muchos cuentos es la pintura. Un cuadro bello es capaz de hacerme inventar una historia. Suelo experimentar una especie de arrebato quasi místico de tipo estético contemplando una arquitectura o una pintura o escuchando música, es así como puedo comprender como para algunos grandes escritores, como Dante, Homero, Ariosto, Fray Luis..., el momento de la creación podía suponer una experiencia parecida a la del raptó místico; en mí ese tipo de sensación se experimenta ante la contemplación de la belleza. Mi experiencia literaria como creadora es distinta, posee un elemento lúdico importante, definitorio; yo, cuando escribo, ante todo, me divierto. Según Borges escribo de un modo personal y original. No me siento partícipe de ninguna técnica o escuela pues éstas surgen siempre a posteriori, como una especie de casilleros en los que los estudiosos pretenden encerrar una obra o un creador, cosa del todo



impensable. Escribo como una forma de catarsis, como cuando escucho música; la escritura me produce placer. Por esta especie de edonismo creo que nunca sería una buena filóloga, pues puedo trabajar mucho sobre algo que me deleite; si no es así, sería incapaz de hacer trabajar mi imaginación, no surgiría nada fructífero.

Todo autor literario es producto de influencias y es partícipe de una tradición que va a determinar, de algún modo, su creación, por ejemplo, a mí me gustaría hacer un trabajo sobre la poesía de John Dundon, sobre *El viajante*, obra que me apasiona, e influye, pues introduce el tema del suicidio que me interesa estudiar a lo largo de la literatura, su justificación, su estética artística y vital. Este tema me empezó a fascinar después de haber leído varios autores japoneses y sobre todo después de descubrir un pequeño tratado de estética de Tanizaki llamado *Elogio de las sombras*, este autor va describiendo la cultura y estética japonesas como una estética de sombras. Tanizaki describe cómo organiza su casa de acuerdo a esa estética oriental, y cuando llega al baño hace algo que parece increíble, es capaz de describir la parte más grosera del baño haciendo de ello un poema; cuando lo leí quede maravillada preguntándome cómo lo había conseguido; además de esto reúne una serie de sutilezas exquisitas, por ejemplo, describe el bol donde se toma la sopa de mizo y la diferencia sensitiva que supone que ese bol sea de porcelana pues la laca transmite a las manos el calor de la sopa. Es capaz de transmitir una sensualidad increíble y también de metamorfosear ese mundo real, que puede ser terrible, en poesía. Toda esta concepción literaria y su técnica creo que ha influido mucho en mí. Pero lo más sorprendente fue lo que ahora les contaré. Parece que Tanizaki se construía su casa cada doce años de acuerdo al rito de la construcción de templos en el Japón, que cada doce años se desarmaban y se reconstruían en otro lugar. Cuando Tanizaki terminó de escribir su tratado de estética, el arquitecto que iba a reconstruir su nueva casa le dijo: «San, ¡qué maravilla!, yo voy a hacer la casa que usted quería», Tanizaki respondió: «No es esta la casa que yo quiero». Después, en una nota a pie de página se explicaba que Tanizaki se suicidó. Recordando éste y los casos de Mishima y Kahawata con Borges intuí lo terrible de la búsqueda de esa perfección absoluta. Cuando le leí el tratado a Borges, yo estaba haciendo la remodelación de un departamento, que ya duraba diez años, y en el que todavía no he vivido, y Borges me decía que Tanizaki debía ser mi alma gemela, pues cada detalle de su concepción estética Borges me lo había escuchado mucho antes a propósito de la reforma de nuestro departamento. Nos dimos cuenta de lo peligroso de entrar en un círculo de perfeccionismo estético y también vital como éste propuesto por Tanizaki y compartido por mí, pues te imprime la sensación de entrar en un callejón sin salida donde la última posibilidad sea probablemente la «perfección máxima». Esa perfección supone volver a la nada. Así es como hay que entender el suicidio de gran número de poetas japoneses, pues para ellos la nada es el resultado de la perfección hasta el límite, y un paso más allá la perfección se funde con la nada; todo esto es posible en Japón porque la muerte tiene un sentido totalmente diferente al que tiene en Occidente. Aunque todo esto como teoría sea atrayente, como posible vivencia resulta escalofriante y aterradora.

Como despedida quisimos que María nos dijera qué impresiones le causaron las sesiones de trabajo y el futuro del proyecto de la edición de las *Obras Completas* de Borges.

A veces he imaginado todo esto como el «Congreso del Mundo» del que Borges hablaba, pues han venido profesores de todo el mundo. También he sentido como si la profecía del poema de *Los Conjurados* se empezara a cumplir. Quizás todo esto haya sido una especie de prueba dejada por Borges para ver cómo podemos desentrañar el laberinto de todas sus versiones, ediciones distintas, manuscritos escondidos... Creo que todo saldrá bien pues hay diversas instituciones, tanto públicas como privadas, muy interesadas en el proyecto y pienso que este tipo de edición será muy interesante para todos, estudiantes, expertos y también para el público en general, porque hay mucha gente para la que sería un placer leer a Borges en sus primeras ediciones, gente que no tiene estrecha relación con el campo de la literatura, pero que son seguidores de Borges y por tanto merecen cualquier esfuerzo. Se ha formado un estupendo equipo de trabajo constituido por profesionales que han apreciado mucho a Borges. Todos seremos los nuevos conjurados. En el ambiente de las sesiones era perceptible la admiración y el amor hacia Borges; había en todo algo de magia. Creo que hemos elegido bien el poema de *Los Conjurados* como presentador de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges por su profético final; además, en la medida en que la gente se conozca de este modo y que exista participación incluso de jóvenes generaciones, podremos seguir teniendo esperanza de salvación para el mundo y nuestra cultura. Porque, finalmente, ¿qué es lo que permanece?, los egipcios ya no existen porque no son los egipcios que fueron, no queda nada de las guerras contra los hititas... sólo queda lo que construyeron aquellos que soñaron todo ese mundo de Luxor, todo ese mundo de la muerte. ¿Y Homero?, no se sabe si existió o no; ¿qué ocurrió con los trágicos griegos? tampoco sabemos que cara tuvieron ni en que año nacieron o murieron, lo que sufrieron o lo que gozaron, pero de ellos queda su obra inmortal que es la que constituye el alma del mundo, ese alma cósmica que nosotros tenemos el placer y la obligación de conservar para transmitirla eternamente. Quizás todo esto pueda parecer excesivamente utópico o romántico, pero de lo que estoy segura es de que, íntimamente, todos estamos de acuerdo.